



“Aquello que amo vive tan lejos de mí mismo, que alzo con todo ardor mi canto desde la roca hacia ello, tan lejano, allá bajo...”

“Der Hirt auf dem Felsen D 965”, texto de Wilhem Müller/Helmina von Chézy, música Franz Schubert

Meta-música: Viaje de Invierno

De las obras maestras de la historia de la música que son “más que música”. Breve reflexión sobre *Winterreise* (Viaje de Invierno) D. 911, de Franz Schubert.

Queridos amigos y melómanos, en muchas ocasiones, ante la extasiada y exaltada contemplación de un cuadro o una escultura, o ante la lectura de un poema, una novela, o bien desde el palco de un teatro o el patio de butacas de una sala de proyección o de un auditorio, no podrán negarme que han experimentado una sensación de sobrecogimiento y emoción y quizá les ha asaltado un poderoso pensamiento: este cuadro, esta ópera, este poema, esta escultura, esta sinfonía, no es un cuadro más, no es un poema más, no es una simple obra de arte más, trasciende, va más allá, es algo más.



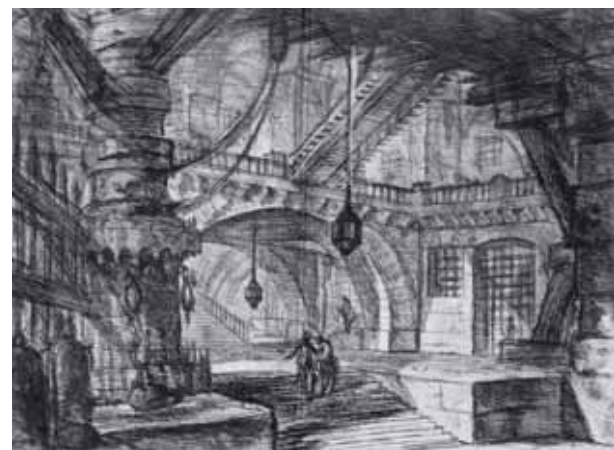
La Capilla Sixtina de Miguel Ángel.

En efecto, ¿qué les sugieren la Capilla Sixtina pintada por Miguel Ángel, las *Variaciones Goldberg* de Bach, las *Elegías de Duino* de Rilke, el *Hamlet* de Shakespeare, *El beso* de Rodin, los grabados conocidos como las *Cárceles de Piranesi*, la Catedral de Chartres, *2001: una odisea del espacio* de Stanley Kubrick...? Para este humilde pastor schubertiano todas esas monumentales obras de arte que he citado, son más que arte, son más que pintura, música,

poesía, teatro, grabado, arquitectura o cine. Todas ellas -y otras- podemos convenir en que son obras maestras indiscutibles de la historia del arte, modelos a imitar, paradigmas, pero su potencia estética, su perfección en fondo y forma, y su mágico equilibrio las hace trascender y nos lleva a otra dimensión: su belleza y su perfección son tan sobrecogedoras, son tan turbadoras, que no nos dejan indiferentes sino que nos elevan a otros planos.

El primero -e inevitable- de esos planos es el racional, el intelectual, el filosófico especulativo. Veamos esto con un ejemplo que se me antoja esclarecedor. *Hamlet* de William Shakespeare es una obra de teatro, un drama antológico con todos los ingredientes del género, todas las máscaras del teatro -la tragedia, la comedia, más bien ironía y, en

especial, la cólera-, pero es mucho más que una obra de teatro: sin juzgar ni prejuzgar la intención de Shakespeare al escribirla, lo que está claro es que *Hamlet* se erige como un auténtico “tratado” de la condición humana: un tratado filosófico, que tiene vida y viveza dramáticas, donde se pone de manifiesto todo el saber que “explica” la condición humana -psicológico, antropológico, sociológico, filosófico- y en el que se plantean ineludibles cuestiones, a saber: la traición, el engaño, la culpa, la necesidad/obligación de “ser”, lo moral, lo legal, la justicia, la venganza la amistad, el amor, la muerte, etc. Resulta sencillamente obvio que les enumere el ingente número de ensayos que se han escrito en torno a *Hamlet* y los que están en marcha -y vendrán-. *Hamlet* es meta-teatro: en música, las *Variaciones Goldberg*, la *Novena Sinfonía* de Beethoven, el *Viaje de Invierno* de Schubert, *Tristán e Isolda* de Wagner, la *Primera Sinfonía* de Brahms, la *Consagración de la Primavera* de Stravinski, los *Estudios* de Ligeti, *San Francisco de Asís* de Messiaen, por citar solo algunas obras maestras, son meta-música,



Carceri d'Invenzione de Piranesi.



El beso, de Rodin.

ca, trascienden su carácter de obras musicales porque su escucha reiterada -o incluso “accidental”, en una única audición- nos transporta a otros planos, nos abre puertas de reflexión intelectual, nos aporta claves para comprender y transitar mejor por nuestra existencia, etc.

Permítanme que dado lo limitado del espacio me refiera en particular solamente a una de esas obras que van “más allá” de la música y que “son más que música” y que me es especialmente querida, una obra poético-musical que ha llegado muy lejos, hasta lo más hondo del corazón humano, más lejos de lo que sus autores pudieron concebir, suponer o imaginar. En efecto, me estoy refiriendo a *Winterreise* (Viaje de invierno) D. 911 (1827), de Franz Schubert, ciclo de 24 canciones para voz -barítono o tenor, incluso bajo-barítono, también cantando con éxito por voces femeninas, soprano y contralto- y piano sobre poemas de Wilhem Müller. Se trata de la obra cumbre del género lied -canción para voz con acompañamiento de piano- y es una obra maestra -“piedra de toque” para todo gran cantante y muy apreciada e interpretada por los virtuosos del piano que normalmente no acompañan lieder-, ejemplo de la poesía y música más depurada que nos “relata” el agónico viaje hacia la nada del artista romántico -en realidad el “yo”-, que viaja por un paisaje invernal absolutamente desolado en busca de lo inalcanzable, lo imposible o lo ignoto y que, por lo tanto, es un viaje condenado al más rotundo de los fracasos. Ante semejante paisaje dramático, Schubert -junto a Müller- compone la primera obra musical “moderna” sociológicamente de la historia -por su temática; incluso el gran Federico Sopena

hablaba de la presencia de “elementos surrealistas” en ella- que es, además, una formidable partitura musical por sus maravillosas líneas de canto, sus asombrosos y resolutivos acompañamientos pianísticos, la utilización espectacularmente eficaz de motivos rítmicos, los cambios inesperados de color y atmósfera, etc. Puede afirmarse que se trata de la mejor obra de Schubert, pero trasciende incluso este hecho, pues es la primera obra artística donde asistimos al enunciado o al nacimiento nada menos que del nihilismo filosófico que décadas después defenderán Nietzsche, Bakunin y otros muchos pensadores. Este viaje musical hacia la nada que emprendemos como oyentes cada vez que lo escuchamos, siendo un camino en apariencia “exterior” -en y hacia lo exterior-relativo por tanto a las circunstancias vitales de un sujeto en relación con el mundo que



Caspar David Friedrich. El caminante sobre el mar de nubes.

le rodea es, sin embargo, un apasionante y visionario viaje interior; en el que se pone de manifiesto de una forma dulcemente cruda la incapacidad del artista -y del alma sensible- de sobrevivir en un mundo rudo, tosco, vulgar y hostil, que ya desde comienzos del XIX se mueve pendularmente entre lo frívolo y lo utilitarista, en un marco materialista, pragmático y finalmente, despiadado (Dickens) y en donde no hay lugar para lo bello, lo sensible, la exaltación poética y el triunfo del arte en todo su noble esplendor; ni habrá sosiego para deleitarse ante la belleza -a la manera de griegos y romanos, los clásicos-. En 1827, Schubert -y Müller- quizá sin pretenderlo, quizá sin plena consciencia, se ade-

lantan decenas de años, casi un siglo, a Mahler, Freud, Kraus, Proust, Musil y Kafka, planteándonos la tragedia del ser humano, encarnado en el artista desgraciado o menospreciado, que deambula de un lado a otro por un “invierno” permanente, embarcado en la irresoluble búsqueda del grial de su felicidad, un grial -como poco- confuso, críptico e ignoto. El viajero, el caminante, el vagabundo de *Winterreise* en realidad solo puede aspirar a conseguir la paz gracias a una muerte dulce debajo de un tilo -*Der Lindebaum*, canción número 5 del ciclo y una de las pocas en modo mayor-. Sin embargo, el ciclo no finaliza ni siquiera con la muerte heroica del caminante incomprendido, sino con la desoladora visión de un héroe derrumbado que contempla a un mísero anciano zanfonista descalzo sobre el hielo, símbolo absurdo y preclaro de lo miserable de la condición humana. Así acaba la “plenitud del ser”. ¿Algún artista llegó tan lejos, tan pronto? ¿A la edad de 30 años? ¿Y con una obra maestra musical? Sí, amigos: Franz Peter Schubert. El *Viaje de Invierno* es, en definitiva, meta-música porque es un camino de introspección y un análisis clarividente de la vida del ser humano, en cualquier lugar y en cualquier tiempo: en el siglo XIX, cuando fue concebido, y hoy día, cuando lo escuchamos, rabiosamente actual. La tecnificación, el bienestar, la satisfacción inmediata de nuestros necesidades y deseos no aportan ninguna solución definitiva al maravilloso enigma de la vida -alguno se felicitará de ello-. De hecho, todos somos, de la mano de Schubert -y de Müller- solitarios viajeros en busca, a veces casi desesperada, otras veces incierta, de algo que nos satisfaga plenamente. Buscamos y anhelamos la plenitud del ser. Habrá que ver en el caso particular de cada uno en qué consista esa plenitud: el amor, la familia, la profesión, el placer, la acumulación de riqueza, la amistad, el altruismo, la búsqueda de la belleza, la música... Este humilde pastor schubertiano se pregunta, seguramente al igual que ustedes, con sorpresa: ¿cómo es posible que una obra musical, un ciclo de veinticuatro canciones para voz y piano nos haya llevado hasta aquí, tan lejos? Creo que esta pregunta, queridos amigos, es, en realidad, una respuesta. Reflexión. ■